

¿Qué pasos podemos emprender para evitar ser totalmente cómplices de la reproducción del orden social dominante?

¿Cuáles son algunas de las condiciones necesarias para una terapia que sea sensible a las políticas de género, a las de dominación heterosexual o a las de raza y cultura, de clase y orientación sexual?

¿Cómo interactuar con las personas para ayudarlas a identificar, abrazar y honrar su resistencia frente a aquellos actos de individualismo en los que la cultura moderna dominante les incita a involucrarse mediante sus conocimientos y prácticas de poder?

¿Cómo subvertir las jerarquías de saber que privilegian el conocimiento profesional y abrir nuevas posibilidades para disentir?

“Mi compromiso con la metáfora narrativa vino de mi decisión de buscar prácticas que no sean normativas. Me refiero a las prácticas que no refuerzan ni reproducen las formas de vida valoradas por la cultura dominante sin cuestionarlas —esas formas de ser en el mundo, consideradas ‘reales’, ‘apropiadas’, ‘sanas’ y demás.

Creo que la metáfora narrativa abre un terreno muy fértil para este proyecto, infinito.”

Michael White



MICHAEL WHITE (1948-2008) es uno de los fundadores de lo que hoy conocemos como terapia narrativa. Durante gran parte de su carrera co-dirigió el *Dulwich Centre* en Adelaida, Australia, donde publicó la mayor parte de su obra. A finales de su vida fundó un nuevo proyecto: *Adelaide Narrative Therapy Centre*, hoy llamado *Narrative Practices Adelaide*. Fue co-autor, con David Epston, del texto fundacional de las prácticas narrativas: *Medios narrativos para fines terapéuticos*, entre otras obras fundamentales de la terapia narrativa. Michael White siempre se identificó como un colaborador más en el desarrollo de estas ideas y prácticas, como parte de una comunidad de personas que contribuyeron al desarrollo de las mismas y siempre mantuvo viva la curiosidad por conocer y contribuir con desarrollos locales de la práctica narrativa.

MICHAEL
WHITE

PRÁCTICA NARRATIVA *La conversación continua*

PRÁCTICA NARRATIVA

La conversación continua

MICHAEL WHITE



ISBN 978-956-9719-00-4



9 789569 719004


Pranas

 colectivo
Prácticas Narrativas

Pranas
Ediciones 

PRÁCTICA NARRATIVA

PRÁCTICA NARRATIVA

La conversación continua

MICHAEL WHITE

Editado por David Denborough

Prefacio
Jill Freedman

Introducción
David Epston

Epílogo
Cheryl White

Palabras finales y agradecimientos
Cheryl White

Título del original en inglés: *Narrative practice. Continuing the conversations*

Copyright © 2011 by Cheryl White and Penny White

Preface and Introduction copyright © 2011

by W. W. Norton & Company, Inc.

Epilogue, Postscript, and Acknowledgment copyright © 2011

by Cheryl White

All rights reserved

Traducción: Marina González Gutiérrez

Revisión técnica: Alfonso Díaz Smith, Marcela Estrada Vega,

Marina González Gutiérrez, Ítalo Latorre-Gentoso,

Carolina Letelier Astorga

Coordinación editorial: Amandine Semat

Edición: Mónica Nepote, Ramón Vera Herrera

Diseño de portada y diagramación: Gabriela Díaz, Javier Alcaraz

Primera edición: septiembre de 2015, Santiago de Chile

© de todas las ediciones en castellano, PRANAS Chile Ediciones

PRANAS Chile Ediciones es una editorial independiente,

ubicada en Santiago de Chile

pranas@pranaschile.org

pranaschile.org

Esta edición fue desarrollada en colaboración con el

Colectivo de Prácticas Narrativas, México

info@colectivo.org.mx

colectivo.org.mx

ISBN: 978-956-9719-00-4

Impreso en Chile y México – *Printed in Chile and Mexico*

CAPÍTULO 2

Los puntos de inflexión y la importancia de la ética personal y comunitaria

Al escribir este capítulo, quise reflexionar sobre los momentos decisivos, los puntos de inflexión en la historia de mi práctica. Enseguida me inundó un flujo de recuerdos. Eran tantos. Era imposible hacer justicia a todas las experiencias que habían contribuido a estos momentos cruciales, así que seleccioné unas cuantas:

- ♦ La reflexión y los apoyos de la tecnología
- ♦ Inversiones de la preocupación
- ♦ Las voces de los compañeros y las compañeras de trabajo
- ♦ El público
- ♦ Ética personal y comunitaria

LA REFLEXIÓN Y LOS APOYOS DE LA TECNOLOGÍA

Comienzo por abordar el papel que jugaron los apoyos de la tecnología para sentar las bases de algunos de estos puntos de inflexión. La tradición de grabar las entrevistas y reflexionar en ellas es parte de lo que me atrajo inicialmente al campo de la terapia familiar. Desde

entonces, al hilo de los años, esta tradición de apertura y revisión sigue siendo muy valiosa para mí.

En los años setenta, empecé a grabar, en audio y en video, algunas de mis entrevistas. Esta tecnología me brindó, entre otras cosas, la oportunidad de experimentar algunos de los beneficios de la retrospectiva, que era imposible de otra forma. (Debo agregar que me brindó también la oportunidad de sentirme muy incómodo y abochornado). He mantenido esta forma de trabajar por años, y hasta la fecha sigo buscando la manera de escuchar y ver las grabaciones de mis conversaciones con la gente que me consulta.

Fue gracias a lo que vi y escuché en las grabaciones que pude distanciarme de la inmediatez de mi experiencia en esas conversaciones terapéuticas. Pude así ver y escuchar lo que de otra forma hubiera sido incapaz. Sin duda alguna, esto ha contribuido de manera significativa a muchos momentos clave, a muchos puntos de inflexión en mi trabajo.

Caminos para conversar

Qué son estos puntos de inflexión. Para comenzar, a través de estas grabaciones me hice más consciente de un terreno pleno de avenidas presentes en las conversaciones terapéuticas, y de caminos particulares en alguna conversación —caminos que no veía o de los que no estaba consciente del todo en el contexto de esas conversaciones. Así, al pasar los años, he experimentado un ensanchamiento de mi interés por las vidas de las personas, y una fascinación cada vez más honda por los finos rastros de las historias negadas en sus vidas. Eso me inspiró a desarrollar prácticas narrativas que contribuyeran a una expansión de los paisajes de existencia de las personas, paisajes que dejaban ver los muchos rumbos tentadores de su vida.

Escuchar y ver estas grabaciones me mantiene en contacto con mi sentido de aprendizaje, uno que no tiene fin. Entender que siempre habrá caminos para el enriquecimiento de los relatos que no me son visibles en la inmediatez de las conversaciones terapéuticas significa que nunca puedo estar plenamente satisfecho de mi contribución en cualquiera de esas conversaciones terapéuticas. Eso es inspirador, porque me motiva a estar atento al desarrollo continuo de habilidades terapéuticas que podrían ser muy útiles para esquivar muchos de los callejones sin salida a los que nos confrontamos en las conversaciones terapéuticas. Son habilidades que pueden ser de gran utilidad a la hora de encontrar paso libre hacia un enriquecimiento de los relatos.

La permanencia de las iniciativas

Gracias a las grabaciones, me volví más consciente de la multiplicidad de iniciativas que rutinariamente expresan las personas en relación con los problemas de su vida. Una cosa es saber que las personas no son receptoras pasivas de las fuerzas de la vida, y otra cosa es identificar esas iniciativas, y contribuir a un contexto que favorezca su permanencia. Una cosa es saber que los relatos que totalizan e invariablemente patologizan la vida de las personas son construcciones sociales que promueven conclusiones muy negativas acerca de su identidad, y otra cosa es identificar iniciativas que podrían proporcionar un punto de entrada a un cierto enriquecimiento de relatos que conlleva conclusiones más positivas de su identidad y nuevas opciones para actuar en el mundo.

Gracias a estas grabaciones pude darme cuenta de estas opciones. Y eso es muy importante en las circunstancias en las que existe el riesgo de totalizar la identidad de una persona —por ejemplo, la identidad de un hombre que me fue referido por la junta consultiva

de libertad condicional por cometer un abuso y abogar por formas abusivas de ser en el mundo.

Gracias a estas grabaciones me percaté, por lo menos en parte, del hecho de que una vida buena es el resultado de un 97 por ciento de iniciativas estancadas, y que una vida atribulada resulta de un 98 por ciento de iniciativas estancadas. Gracias a estas grabaciones, en parte, llegué a concluir que la práctica terapéutica tiene éxito si ayuda a que permanezca el uno por ciento de las iniciativas que de otro modo se estancarían.

Las relaciones de poder de la terapia

Al escuchar y ver estas grabaciones, me hice más consciente de las relaciones de poder que existen en la terapia. Ha habido muchas ramificaciones en este proceso, incluyendo la posibilidad de identificar y nombrar la deshonestidad en la práctica terapéutica.

Un ejemplo: tuve la oportunidad de revisar la grabación reciente de una conversación terapéutica con un joven de 13 años y su madre y descubrí que, involuntariamente, había parafraseado una de las observaciones de la madre. Ella había advertido que los empleados de un centro de detención de alta seguridad habían hecho un buen trabajo con su hijo. Al verificar esta conclusión con el hijo, parafraseé su declaración, invirtiendo los términos del relato: “Tu mamá me dijo que hiciste un buen trabajo con los empleados del centro de detención. ¿Te hace sentido?”.

Con esta inversión, había distorsionado las palabras de la madre. Sus palabras estaban suficientemente claras, entonces, ¿por qué hice esto? Quizás tuvo que ver con mi anhelo de que este joven experimentara algún grado de agencia personal —el relato predominante acerca de su vida era que no era capaz de dirigir el curso de su vida,

ni de prever las consecuencias de sus actos. Había sufrido un trauma importante y soy muy consciente de las consecuencias de tales traumas para el sentido de agencia personal de un individuo. Pero sin importar lo que me llevara a esta inversión, expresó deshonestidad y una descalificación implícita de la voz de esta madre —que, para una mujer que ha vivido con desventajas significativas, tuvo que haber sido como una repetición de tantas experiencias de su vida. Si mi intención era revelar un relato de las posibilidades de agencia personal de este joven, lo podría haber hecho sin manipular las palabras de su madre y sin tergiversarlas frente a su hijo. Podría, por ejemplo, haber hecho preguntas como: “Tu mamá dijo que los empleados de este centro penitenciario hicieron un buen trabajo contigo. ¿Respondiste a lo que tenían que ofrecer, o no te importó? ¿Pudiste asimilar algo de esto, o lo rechazaste? ¿Y si pudiste asimilar algo, cómo te abriste a ello?”.

Al reconocer mi falta de honestidad, no estoy menospreciando mi trabajo, ni rebajándome. Es porque amo mi trabajo que tengo mucho interés en identificar cualquier abuso de poder en mi práctica y erradicarlo. Creo que si no incursionamos en los abusos de poder que cometemos en nuestras prácticas terapéuticas, significa que ya nos fuimos a dormir. La grabación de las consultas nos puede dar pistas para identificar los abusos de poder en el contexto de la relación terapéutica.

INVERSIONES DE LA PREOCUPACIÓN

El segundo tema que me gustaría considerar implica las inversiones de la preocupación. Veamos un ejemplo.

Conocía a Donna desde hacía varios años. La primera vez me la trajeron su madre y su padre, muy preocupados por su calidad de vida. A Donna le diagnosticaron esquizofrenia, la medicaron durante varios años, y varias veces tuvo la experiencia de ser ingresada a un hospital psiquiátrico. Rara vez se aventuraba fuera de la casa de sus padres y cuando lo hacía, siempre era con alguien de la familia, con mucho miedo y aprensión. Me reuní varias veces con Donna y su familia por un periodo de ocho meses, y durante este tiempo ella empezó a salir al mundo y a desarrollar una vida propia —de hecho, se volvió bastante atrevida. Ella aún me visitaba de vez en vez, para lo que llamaba una “recarga”. Esto ocurría, por lo general, cuando experimentaba estrés por haber dado (o por tener que dar) un nuevo paso, o cuando atravesaba una crisis de un tipo u otro.

Cuando me reuní con Donna en esta ocasión, llevaba cinco meses sin verla. Al final de nuestra conversación, miró alrededor del consultorio, escudriñó todo y exclamó: “¡Qué desorden!”. Se refería sobre todo a mi sistema de archivo —en aquel entonces, clasificaba mis archivos horizontalmente y nunca encontraba lo que buscaba. Le contesté: “Sí, es un desorden. Y estoy decidido a hacer algo al respecto”. Donna agregó: “¿Qué te hace pensar que estás listo para dar este paso?”. Había algo tan familiar en su pregunta. Me reí y le contesté lo mejor que pude. Luego, vino otra pregunta de Donna: “Me imagino que esta decisión no salió de la nada. ¿Cómo llegaste a ella?”. Ahora ambos nos reímos. Donna siguió con el andamiaje de esta entrevista con preguntas tipo: “¿Cuándo piensas estar listo para dar este paso?”. “Supongo que en una o dos semanas”, le dije.

Conversamos un poco más y la acompañé a la recepción. Ahí, para mi sorpresa, Donna hizo otra cita para que nos viéramos, dos

semanas después. Le comenté que eso se apartaba de su hábito de hacer citas sólo hasta cuando sentía la necesidad de otra “recarga”. Donna respondió, entusiasmada, “¡Oh! ¡Pero esta cita no es para mí, es para ti! Voy a abrirme el espacio para que me veas en dos semanas y ver cómo fue que arreglaste tu desorden”. Me quedé boquiabierto.

Donna hizo la cita para un jueves en la mañana, temprano, y me quedé la mitad de la noche del miércoles ordenando mis archivos verticalmente. Logré dormir unas horas, y junté fuerzas con cafeína antes de encontrarme con Donna. Fue un evento extraordinario. Donna entró al consultorio, histriónica, y proclamó en voz alta: “¡Qué cambio! ¡Lo lograste!”. Luego, se detuvo: “Pero no debería decir eso. Lo que importa es lo que piensas tú”. Nos reíamos de nuevo, y no podía guardar la compostura, por las preguntas de Donna: “¿Y cómo afecta la imagen que tienes de ti?”.

Es este tipo de experiencias lo que ha sido un antídoto muy fuerte para cualquier concepción que pudiera tener de los relatos que, en el proceso terapéutico, sólo contemplan una parte de la relación. Estas experiencias visibilizaron la forma en que las personas contribuyen a las buenas conversaciones terapéuticas, y a resultados satisfactorios en la terapia. Visibilizaron hasta qué punto las personas se nos unen en estas conversaciones, hasta qué punto nos alientan cuando las conversaciones avanzan y qué tanta paciencia tienen cuando las cosas no van en tan buen camino. Estas experiencias me hicieron ver hasta qué punto muchas de las personas que nos consultan perseveran a nuestro lado en las buenas y en las malas.

Este tipo de experiencias también enfatiza la medida en que las personas que vienen a consulta nos incluyen en sus vidas. Estos actos de inclusión son los que inspiran mis esfuerzos por identificar los modos

en que las conversaciones terapéuticas impactan mi vida, y por encontrar maneras apropiadas y éticas de reconocerlo en el contexto de estas conversaciones. Este acto de reconocimiento es claramente significativo para la gente que nos consulta, pero también lo es para nuestras vidas como terapeutas. Porque contribuyen a la permanencia de las iniciativas, en nuestras vidas y trabajos: iniciativas que de otro modo se estancarían.

LAS VOCES DE LAS COMPAÑERAS Y COMPAÑEROS DE TRABAJO

A lo largo de la historia de mi práctica, las voces de mis colegas también contribuyeron a puntos de inflexión significativos. A continuación brindo dos ejemplos.

Fue en los años ochenta. Estaba lejos de Adelaida, dando un taller sobre el trabajo con parejas. Antes de empezar, me encontré con amigos, amigas y colegas que no veía en mucho tiempo.

Empecé el taller y llevaba media hora hablando cuando se levantó una compañera y me dijo, “no te escucho, Michael.”. Dije: “Perdón, le voy a subir al sonido.”. Esta compañera me dijo: “No es eso, Michael. Es que cuando hablas de tu trabajo con parejas, y te refieres a parejas heterosexuales, invisibilizas mi relación con mi pareja e invisibilizas mi identidad como lesbiana. Para mí sería mucho más fácil escucharte si en una presentación sobre parejas que son heterosexuales hablaras expresamente de ‘parejas heterosexuales’”.

Esto fue un desafío a la dominación heterosexual que expresaba yo involuntariamente. Esa expresión violaba mi propio sistema de va-

lores y mi postura de cuestionar las relaciones de poder de la cultura local. Este reto contribuyó a que viviera otro momento decisivo, otro punto de inflexión, en mi entendimiento de cómo se expresa la dominación heterosexual. Desde entonces, estoy cada vez más consciente de la omnipresencia de la dominación heterosexual, de las mil formas que asume y de mi potencial para reproducirla inadvertidamente, en nombre de la práctica terapéutica. También me percaté de lo mucho que la dominación heterosexual se relaciona directamente con las dificultades en las vidas de las personas, incluyendo la situación en la que mucha gente joven se ve expulsada de sus hogares —gente que en un momento podría llegar a suicidarse.

Se ha puesto de moda para algunas personas leer mi forma de referirme a las parejas —distingo entre parejas heterosexuales y parejas gays o lesbianas—, como un ejemplo de mis esfuerzos por ser “políticamente correcto”, con el sentido peyorativo que asocian a estos términos. Sin embargo, siento que, más bien, busco honrar lo que las personas protagonistas dicen del sentido que algunas palabras tienen para ellas, y lo que revelan de las políticas asociadas con las prácticas discursivas que no se cuestionan.

Un segundo ejemplo de la importancia de las voces de mis colegas de trabajo ocurrió hace unos años, cuando me invitaron a dar consulta en una organización creada por personas aborígenes para brindar servicios relacionados con la violencia presente en familias aborígenes. En respuesta a esta invitación, me encontré luchando con grandes dilemas. Soy miembro de la cultura blanca, y son las políticas y actos de mi gente los que tanto han perjudicado a la cultura aborigen a lo largo de la historia de ocupación de este país. Esta ocupación ha sido posible, entre otras cosas, por arrebatar muchos niños

y niñas a sus familias, y al despojarlas con ello de sus habilidades de cuidado y educación familiares. Como hombre blanco australiano, pertenezco al grupo principalmente responsable de estas políticas y de haberlas ordenado. Mi dilema era entonces el poder percibir la articulación directa entre lo que me consultaba la gente y mi existencia en esta tierra.

Durante varias semanas luché con este dilema en las primeras consultas. Después, en una conversación con la directora del servicio, nombré este dilema y hablé con ella de mi lucha con éste. Su respuesta fue gentil al confrontarme: “¿Crees que está bien que te apropiés este dilema, que simplemente asumas que es tuyo, que simplemente asumas que tú eres quien tienes la opción de resolverlo? Esto es típico de muchas personas blancas, de muchos de ustedes. Lo que está en juego es el privilegio. Es asumir que tienes la potestad de llegar por ti mismo, independientemente, a una resolución de esto. Pero estas consideraciones afectan a toda la comunidad. No creas que no hemos considerado este dilema desde el otro lado. Pero no es tan sencillo en nuestro caso. Si no seguimos con el desarrollo de este servicio, nuestra gente sufre. Así que es un dilema que todas y todos compartimos, y que podemos compartir conversando. Vamos a compartir este dilema, y será claro para ti el momento de partir”.

Este reto contribuyó a otro de mis puntos de inflexión en mi entendimiento de las expresiones del privilegio blanco y de sus mecanismos. Desde entonces me he vuelto más consciente de lo que constituye las expresiones del privilegio blanco, y cuando colaboro con colegas aborígenes, intento familiarizarme más con las consecuencias de estas expresiones.

EL PÚBLICO

Hay un cuarto asunto relacionado con los puntos de inflexión en mi trabajo que me gustaría describir. Tiene que ver con consideraciones sobre el público.

David Epston y yo tenemos una larga historia involucrando a otras personas que fungen como oyentes en los relatos preferidos en la vida de las personas. A finales de los años ochenta, después de familiarizarnos con el trabajo de la antropóloga cultural Barbara Myerhoff, empezamos a concebir que las personas que convocábamos tenían un papel de testigos externos. Fue una etapa muy significativa en nuestro trabajo.

Cuál fue el génesis de esto. Hace poco tuve la oportunidad de mirar unas viejas cintas de mis conversaciones terapéuticas con niños, niñas y sus familias. Una de las cosas que saltó a la vista fue el grado al que rutinariamente involucraban a alguna persona como oyente en sus nuevos alegatos acerca de sus vidas, surgidos en el contexto de la terapia. Algunas de estas personas llevaban sus “certificados de reconocimiento y desempeño” a la escuela para compartirlos con sus compañeros y compañeras, y otras manifestaban a sus hermanos y primos, a menudo de un modo teatral o histriónico, las habilidades que acababan de descubrir. Era claro que estos públicos tenían un papel esencial en la legitimación de sus nuevas reivindicaciones y en fomentar sus tramas de vida preferidas. Aunque no estaba del todo consciente de la importancia del público en los cambios en las vidas de los niños con quienes me reunía, en retrospectiva no me queda ni la menor duda de que estas experiencias fueron una parte significativa

de la inspiración para los subsecuentes pasos en mi activo proceso de convocar testigos externos como público.

En los últimos diez años, mis exploraciones de la contribución de los testigos externos en legitimar las reivindicaciones de identidad alternas me llevó a desarrollar un “mapa” terapéutico para guiar las respuestas de las personas que desempeñaban ese papel. No lo voy a resumir aquí, más bien voy a contar la historia de mi encuentro con un chico llamado Nathan, que conocí hace unos 20 años. Decidí contar esta historia porque representa una de las experiencias que contribuyeron a convencerme de que el público apropiado puede lograr lo que yo no puedo lograr como terapeuta. Este tipo de experiencias son las que me animaron a involucrarme en el tipo de indagaciones terapéuticas que nos descentran como terapeutas.

Nathan había tenido muchos problemas en casi cualquier aspecto de su vida —con las autoridades escolares, con la policía, con la familia de sus amigos y con su propia familia. En el contexto de mi trabajo con él y con su familia, y en el contexto del enriquecimiento de los relatos, Nathan verbalizó la afirmación de que estaba decidido a “restablecerse” de los problemas. La metáfora del “restablecimiento” despertó mi curiosidad. Le pregunté sobre la historia de su familiaridad con ésta. Con su respuesta me enteré que su familiaridad era el resultado de haber practicado formas menores del atletismo —estaba familiarizado con la idea del atleta que se restablece después de una lesión. Sus papás me informaron que habían expulsado a Nathan de sus clases de atletismo por su “mal comportamiento”.

Pensé que alguien que se hubiera recuperado de una lesión sería el testigo externo ideal para la declaración de Nathan de haberse “restablecido”. Tuve la sensación de que una respuesta apropiada por

parte de alguien como esa persona contribuiría a que Nathan se sintiera más acorde con su declaración y que esto orientaría sus acciones. Conocí a un triatleta que se había desenvuelto bastante bien en la escena local y que se había restablecido de una lesión. Me pregunté en voz alta si Nathan estaría interesado en reunirse con él para hablar de cómo se restablecen los atletas, de lo que supone prepararse para el restablecimiento, de los posibles reveses que hay que enfrentar y aguantar, y de la determinación que se requería para llevarlos a cabo.

Nathan y sus padres se entusiasmaron mucho con la idea, así que les dije que vería lo que se podía hacer. Me contacté con el triatleta, Rod, le conté aquello que tenía permiso de compartirle y le pregunté si estaba dispuesto a conocer a Nathan. Rod dijo que haría todo lo que podía para ayudar, con el tiempo que tenía. Sugirió que Nathan fuera a la pista de atletismo el siguiente jueves a las cinco y media de la tarde, y propuso tomarse unos 20 minutos para hablar con él del tema de los restablecimientos. Le pedí que dejara que Nathan mencionara lo que quisiera sobre el “restablecimiento” que había emprendido. Rod dijo que entendía, que no le haría ninguna pregunta intrusiva.

Y llegó el encuentro. Los papás de Nathan esperaron en el carro no 20 minutos, ¡sino una hora y 20! Varias veces se preocuparon por lo que podría estar intentando Nathan: ¿Estaría grafiteando las paredes del estadio o causando algún otro problema? Sin embargo, lo buscaron y lo encontraron en una conversación muy seria con Rod. Al final, Nathan atravesó el estacionamiento con mucha calma y se deslizó, imperturbable, en el asiento trasero del auto. “¿Qué pasó?”, le preguntaron. “Ah, únicamente conversábamos de hombre a hombre”, respondió Nathan. Luego, mamá y papá se enteraron que, en el

contexto de esta conversación sobre la naturaleza de los restablecimientos, de las pruebas y tribulaciones que conllevaban, Rod le había contado a Nathan que cuando tenía su edad, también tenía muchos problemas y su vida estaba arruinada. Rod habló de su decisión de restablecerse de los problemas, y de las dificultades que experimentó para llevar esta decisión a cabo. Pero perseveró y al final lo logró. Después, Rod observó que si no hubiera vivido esta experiencia de “restablecimiento”, probablemente no habría podido perseverar para restablecerse de su lesión —más bien habría renunciado. Al parecer, Rod dijo varias veces en la conversación: “Así que todos los problemas por los que pasé no fueron en vano”.

Cuando llegaron a casa, Nathan exclamó “¡Saben, mi vida también estaba arruinada, pero no todo ha sido en vano!”. A partir de este momento, ya no hubo marcha atrás para Nathan. Aunque experimentó altibajos en su “restablecimiento”, no vaciló nunca en su determinación. Me quedó muy claro que Rod había logrado algo con Nathan que yo no pude lograr siendo el terapeuta.

Al comprender que, en muchas circunstancias, los testigos externos tienen el potencial de lograr cosas que van más allá del terapeuta, me animé a explorar más las prácticas que recurren a personas que atestiguan el proceso en el contexto de las conversaciones terapéuticas.

ÉTICA PERSONAL Y COMUNITARIA

He dado varios ejemplos de experiencias que han contribuido a los puntos de inflexión, momentos cruciales en el desarrollo de mi trabajo. Estas experiencias tienen que ver con escuchar y ver grabaciones, con las voces de la gente que llega a consulta, con las voces de mis

colegas de trabajo, y con las voces de las personas que fungen de testigos externos en mis conversaciones terapéuticas. Este tipo de experiencias son, entre otras cosas, las que me permitieron identificar los abusos de poder en la relación terapéutica; desarrollar una conciencia más fuerte de las relaciones de poder de dominación heterosexual y de las expresiones del privilegio blanco; me permitieron reconocer las contribuciones de la gente que me consulta, y reconocer que los testigos externos a menudo logran cosas que yo, como terapeuta, no puedo lograr.

Este tipo de oportunidades no se nos presentan así nomás. Nosotros respondemos. Qué es lo que conforma el tipo de respuestas que describo en este capítulo. Claro, ya conozco algunas de las respuestas desagradables a esta pregunta —que desprestigian y menosprecian estos intentos diciendo que se basan en un cierto “purismo” y que son “políticamente correctos”. Pero no me interesa para nada lo que a veces llaman “purismo”, ni he tratado de ser “políticamente correcto”. Lo que sí me interesa es el tipo de ética personal y comunitaria que me alienta a honrar lo que la gente dice de las consecuencias de:

- ♦ Los abusos de poder en la relación terapéutica.
- ♦ La reproducción de las relaciones de poder de la cultura local, incluidas las de la dominación heterosexual.
- ♦ Las expresiones de la dominación blanca y las formas que asumen sus expresiones.
- ♦ El reconocimiento de las contribuciones de la gente que viene a consulta.
- ♦ La contribución de los testigos externos y la importancia de descentrar a la persona que da terapia privilegiando el macro-mundo de la vida sobre el micro-mundo de la terapia.

Esta ética personal y comunitaria es la que conformó mis respuestas a las experiencias descritas en este capítulo. Gracias a ella, estas experiencias han sido momentos claves de mi práctica. Es el tipo de ética personal y comunitaria que enfatiza nuestra responsabilidad en las consecuencias de lo que decimos y hacemos en nombre de nuestras prácticas; son las que nos animan a introducir estructuras que nos responsabilizan aún más ante las personas que vienen a consulta; las que nos motivan a reconocer que las personas sujetas a las relaciones de poder de nuestra cultura saben mucho más de lo que sabemos de nuestros hábitos de pensamiento y de actuar; son las que destacan el fenómeno de un sí mismo relacionado en vez de un sí mismo encapsulado, en boga en la cultura contemporánea occidental; y son las que nos animan a cuestionar hasta qué punto podemos ser cómplices de las formas de operar del poder, tanto tradicional como moderno.

Las experiencias descritas en este capítulo constituyeron puntos de inflexión porque me brindaron la oportunidad de armonizar mi práctica con el tipo de ética personal y comunitaria que tomo como principal guía en mi práctica. Pero darle prioridad a las consideraciones acerca de la ética personal y comunitaria es contradecir dos afirmaciones que dominan hoy día en la cultura de la terapia y de la asesoría. La primera privilegia las evidencias y la validez central de las nociones que privilegian los tratamientos basados en evidencias. Según esta afirmación, cualquier enfoque basado en evidencias tiene un estatus predominante.

La segunda afirmación contemporánea se refiere a la primacía concedida a la relación terapéutica. El argumento es que la relación terapéutica es lo único relevante para el resultado terapéutico, y que es algo que todas las terapias comparten, independientemente de las creencias y las orientaciones. Según esta afirmación, la mayoría de las tera-

pías se parecen más de lo que se distinguen, y las convicciones y orientaciones terapéuticas importan muy poco.

Sin embargo, me parece que la afirmación de que necesitamos evidencias y que la relación terapéutica es importante no nos dice gran cosa. No creo que nadie dude de la importancia de las pruebas ni de la importancia de la relación terapéutica para llegar a un resultado. Pero me pregunto ¿de qué tipo de resultados estamos hablando? Creo que esta pregunta sí pone en el centro asuntos de ética personal y comunitaria. Esta pregunta hace que la ética personal y comunitaria se vuelva crítica ante cualquier consideración de nuestras prácticas terapéuticas.

Sólo quiero dar un ejemplo para clarificar mi postura: hace poco leí el relato de una práctica terapéutica relacionada con un hombre que luchaba con problemas de ansiedad; la gente lo juzgaba como persona sin asertividad. Para ejemplificar su carencia, se decía que, por mucho que se enojara cuando en el auto alguien se le colaba en la fila, no reaccionaba de la forma usual —es decir, no le concedía mucha importancia. Se trabajó con un enfoque terapéutico basado en evidencias y el terapeuta le dio considerable prioridad al desarrollo de la relación terapéutica. Como resultado de este enfoque terapéutico, este hombre se sintió, en circunstancias como las que les acabo de describir, con más derechos, y pudo expresar sus frustraciones en la vida respondiendo “de modo más apropiado” —es decir, respondiendo con mayor amplitud ante sus frustraciones. Claro, hay pruebas de que el enfoque funcionó, y no tengo duda alguna de que la relación terapéutica fuera un factor muy significativo para llegar a este resultado.

Ahora, volvamos a imaginar este trabajo. Imaginemos que nos reunimos con esta persona que lucha con problemas de ansiedad. Imaginemos que escuchamos algunos relatos de las experiencias de este

hombre en el mundo, incluido el relato de sus frustraciones al volante. Y en respuesta a lo que nos cuenta, nuestra curiosidad se centra en saber cómo logró evitar sentirse con derecho a responder ante estas frustraciones, cómo logró evitar darle demasiada importancia a este tipo de situaciones. Ahora imaginemos que esta curiosidad contribuye a que este hombre se interese, y luego se sienta fascinado por un sentimiento de vivir que no reproduzca lo que se venera en la cultura masculina, y que le fascine tener una historia con este sentimiento en su vida. Imaginemos que en el contexto de esta conversación se enriquezca nuestro conocimiento de ese sentimiento, y que este hombre se familiarice aún más con algunos de los saberes y habilidades de vivir asociados con este sentimiento. Imaginemos que como resultado de esta exploración, encuentra que es capaz de responder con más flexibilidad a una serie de dificultades, se siente orgulloso por la postura que asumió ante numerosas ideas sobre la vida y la identidad que se dan por sentadas y se encuentra en un lugar de vida más armonioso. Claro, ahora, como en el primer guión, hay evidencias de que el enfoque funcionó, y no cabe duda de que la relación terapéutica también fue un factor esencial para lograr este resultado. Así, afirmar que las pruebas son importantes y que la relación terapéutica es un factor crucial no nos dice gran cosa.

¿Es nuestro papel ser cómplices involuntarios del poder moderno?, o ¿es nuestro papel respaldar la diversidad en la vida cotidiana? ¿Es nuestro papel estimular modos de concebir la vida basados en historias de vida unilaterales?, o ¿poner de manifiesto la complejidad de las historias alternas de vida? ¿Es el consultorio el contexto para confirmar lo conocido y familiar o es un contexto para llegar a lo que podríamos conocer? ¿Es un contexto para domesticar lo exótico o para exotizar lo doméstico?

CONCLUSIÓN

En este capítulo, esboqué varias experiencias que contribuyeron a momentos decisivos en la historia de mi práctica. Además, describí cómo fue que mis respuestas a estas experiencias fueron forjadas por una ética personal y comunitaria particular. Para concluir, creo que avanzar en el desarrollo de nuestro trabajo depende de la prioridad que le demos a la ética personal y comunitaria. Si no priorizamos estas consideraciones, corremos el riesgo de obviar varios actos de vida, y de obviar la importancia de reconocer esta diversidad. Si no le damos prioridad a estas consideraciones, corremos el riesgo de avalar los discursos que se dan por sentado en nuestra cultura, que fomentan un conformismo asumido como estilo de vida. Si no priorizamos estas consideraciones, corremos el riesgo de volvernos, involuntariamente, cómplices de las formas de operar del poder tradicional en la reproducción de la desigualdad, y de las formas de operar del poder moderno en la reproducción de las normas veneradas por nuestra cultura.

